

En medio de mitos pulverizados

Con una ironía que lo distancia del panfleto pero que no lo aleja del criticismo, Gregory Cohen hace literatura y pertenece a esa eterna generación de escritores "jóvenes" de más de 30 años; la de los que sólo atisbaron la posibilidad de las utopías y que estaban en eso cuando les vino el golpe del 73. Cohen escribe, pero no se ha difundido a través de publicaciones—fuera de cuentos en revistas y en una que otra antología—sino que (por "accidente", dice él) por medio del teatro y últimamente del video.

En la universidad de los rectores-delegados, Gregory Cohen recitó algunos poemas de su confección, como "Fosa común", que, como su nombre lo indica, hablaba—en un momento en que la mudez estaba a la orden del día—de lo que estaba pasando en el país. Animador activo de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), primera instancia de expresión de descontento organizada por los estudiantes de entonces, formó junto a Francisco Zañartu, Roberto Brodsky y Jorge Ramírez el grupo de teatro El Teniente Bello. Treparon a los escenarios disponibles o azarosamente autogestionados con *Lili, yo te quiero* y *Adivina la comedia*: el teatro era una buena manera de hacer circular ideas y también de hacer literatura en una marginalidad exenta de facilidades para la edición de libros. El Teniente Bello se descolgó por la vía de la parodia, el surrealismo y el humor negro.

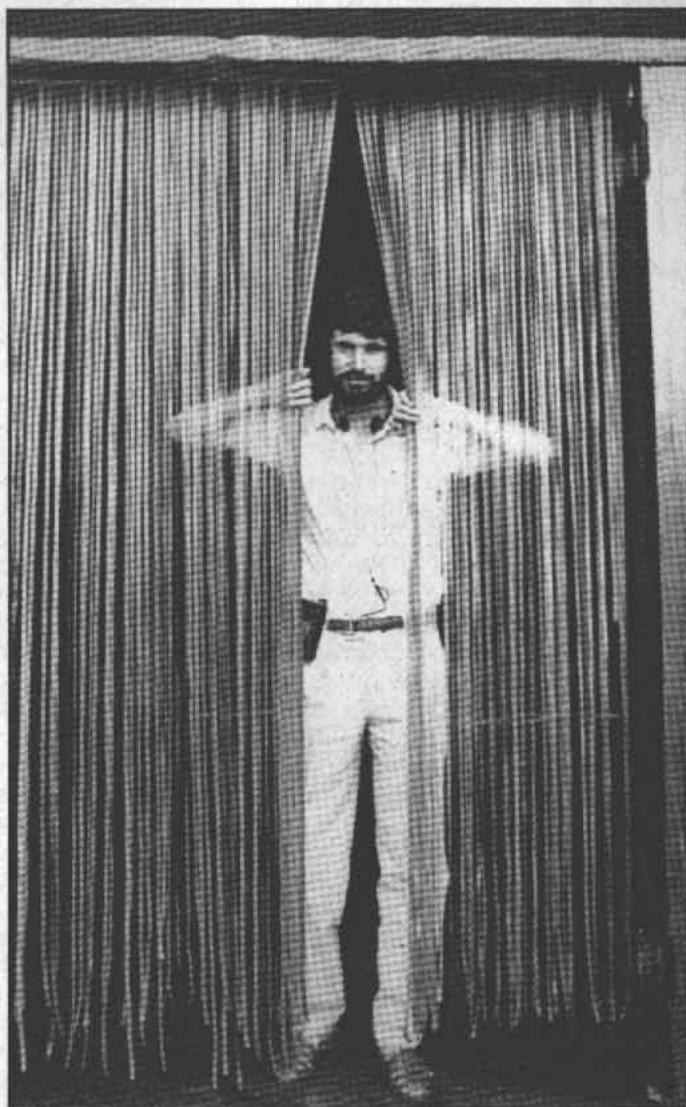
Después de *Adivina la comedia* y la universidad, Cohen se casó, tuvo dos hijos, siguió con El Teniente Bello (que en 1986 montó *La pieza que falta*), se empezó a ganar la vida con la publicidad y hoy quiere escribir de frentón una novela que tendría la forma de una antología con trozos escogidos de escritores ficticios de su misma camada. Mientras tanto, hace videos. *Los blues del orate*—escrita y actuada por él, y dirigida por Jorge Cano—se llevó el primer premio en el género durante el IX Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana: un mo-

nólogo de 48 minutos y una sola toma. Por otro lado, *As time goes bye*, de Cohen y Benjamín Galemiri, acaba de obtener el premio para el mejor guión en el concurso organizado por TV-Cine.

—Tienes 34 años, mides un metro noventa, eres adulto. ¿Qué de ser adulto te cuesta?

—Levantarme temprano. Fuera de eso, y desde el punto de vista de nuestro melodrama histórico, he tenido que asumir una frustración nadita de chica que comparto con sectores de mi generación y de generaciones cercanas. Primero nos encontramos frente a un gran pezón, cremos en él, en un proyecto, en el hombre nuevo, y, cuando recién sentíamos el calorcito de lo que significaba una real participación, nos sacaron de escena de un golpe. Eso: un golpe, literalmente. Y se nos vinieron abajo las estructuras, las esperanzas, y con ello el principio de autoridad regulado por la vieja y prestigiada pareja de "los deberes y los derechos". Nada quedó en pie: ni la autoridad del padre ni de la Iglesia; sin em-

bargo, la justicia siguió siendo ordinaria. En fin, todo esto puede parecer muy teórico, pero resultó también implacablemente concreto: después de navegar en ese coitus interruptus permanente, ¿qué hacer?, ¿qué opción tomar: quedarse mirando o insistir, completar el ciclo y acabar? Claro que, seguramente, esto que digo a mucha gente no la toca, pero pienso que de una u otra forma esta convivencia ba-



sada en el temor y la desconfianza están latentes en pequeños detalles y actitudes cuyas huellas permanecerán mucho tiempo después de que el país se haya descalzado la bota y comiencen a salir los verdaderos efluvios de este paraíso artificial. Para ese momento creo que me va a costar todavía más ser adulto.

-Estudiaste ingeniería y física, carreras que no terminaste porque te cambiaste a literatura, que tampoco terminaste porque te tomaron preso y te expulsaron de la universidad. ¿En qué tipo de universidad te tocó estar? Tendrás re-

después la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), todo un hito en la expresión cultural de ese tiempo y base fundamental para las posteriores chuchocas reivindicativas en lo gremial y en lo político. Bonitos años aquellos, intensos, contradictorios, de peñas maratónicas y recitales poéticos donde hasta Breton quedaba convertido en un guatón démodé, amarillento.

-Te escuché decir una vez que una de las características de tu generación era el tener que sobrevivir en base a pitutos. Tú mismo fuiste secretario de una consulta de ginecólogo. Ahora, como muchos otros cineastas, poetas y artistas varios, trabajas en publicidad. ¿Qué elementos específicos destacarías a la hora de hacer una breve historia de ese itinerario?

-No es primera vez que alguien tiene que sobrevivir haciendo algo que le desagrada o no lo satisface plenamente. Pero me da la impresión de que ahora estos fenómenos han adquirido un dramatismo incomparable. Yo creo que las generaciones jóvenes han sentido en estos últimos años oscilar la guadaña muy cerca de ellas, en forma permanente y acechante. Y esto determina actitudes frente a la vida, a la relación de pareja, a la sociedad, al oficio, etcétera. O sea, ya no se trata sólo de escribir ni tampoco de

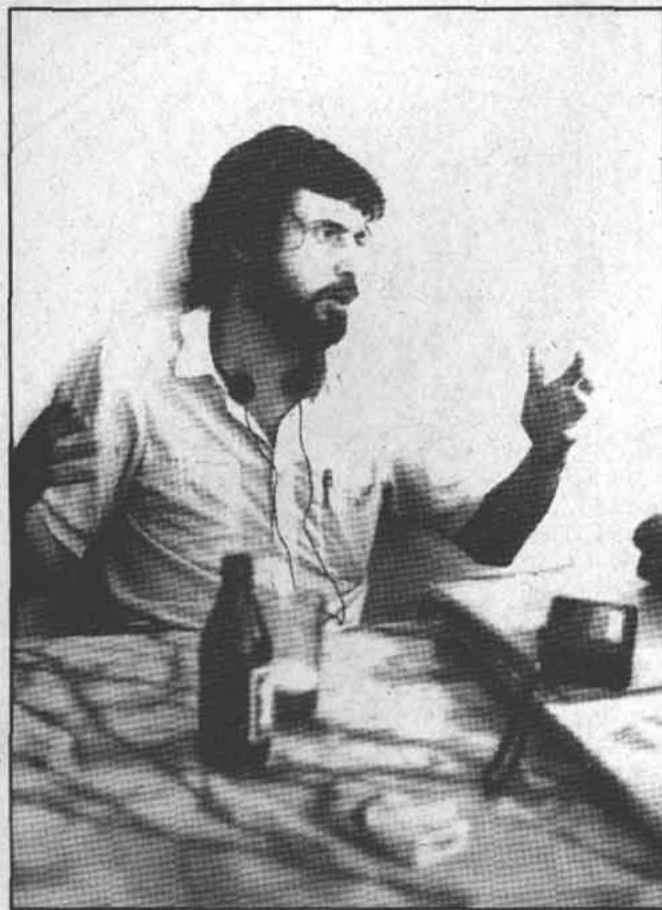
buscar el medio para ganarse el pan: también está ese deseo de defensa ante un entorno hostil y bélico, y por lo tanto de luchar por superarlo manteniendo de alguna manera, donde sea, esa palabra tan usada y no menos verdadera: la famosa esperanza. Por mientras hay que asumir esta esquizofrenia de todos los días, escribiendo, en mi caso, desde textos para actos políticos, pasando por teleseries, hasta el libreto de un spot de una novedosa crema que hace maravillas en el tratamiento para hemorroides sin efectos secundarios ni por supuestos posterior-

res. No podría ser categórico, pero muchos casos de esta generación de escritores se caracterizan por una constante búsqueda de unificar discursos disgregados. También hemos tenido que construir instancias para poder formarnos; es decir, somos asiduos a juntarnos y a sacar proyectos de la nada. De esa forma han aparecido innumerables publicaciones marginales, verdaderas proezas de sus gestores, como las de Ramón Díaz Eterovic, por ejemplo, o José Paredes y Erwin Díaz, quien vende sus libros y revistas en buses, restaurantes, picadas y calles.

-Te tocó la adolescencia en el período del charango y del poncho. Ahora se asiste a la revisión de esa estética. Se habla de la crisis de la modernidad y Marco Antonio de la Parra levanta la tipología de los postpinochetistas, que vendría siendo la versión criolla del postmodernismo internacional. ¿Cómo ves tú ese panorama y cómo te sitúas dentro de él? Más concretamente: te veo adicto al personal stereo: ¿de qué manera incorporaste ese accesorio a tu ideología y qué piensas de estos revisionismos actuales?

-Hemos sido postmodernistas sin saberlo. Cómo no, si somos resultados de una disgregación, de una pulverización de mitos, empezando por el profesionalismo de los que te dije, siguiendo por la mentada independencia del poder judicial y otras yerbas. En este desfase, los puntos cardinales se convirtieron en un bluff... De ahí que el nombre de El Teniente Bello, grupo de teatro que fundamos con algunos amigos, no esté tan "perdido", después de todo. Más que estar de acuerdo, siento profundamente este fenómeno que se ha dado en llamar postmodernismo o postpinochetismo. Lo positivo es que, a pesar de la porquería, hay una actitud de asumir la realidad apuntando hacia un arte que, más allá de la obra, se vincula con un proyecto de vida, de convivencia. Esta actitud, fuera de posibilitar una acertada crítica inmisericorde a todo tipo de beaterías (en lo político, en lo social y en lo cultural), tendría que no perder de vista a las niñas de diez años prosti-tuyéndose en las rotondas o a los enfermos del riñón que mueren ante la impavidez de los jueces. Esa noción debería ser la clave para reivindicar con propiedad la condición de artista y ciudadano. En cuanto al personal stereo: para mí es una chapa... placentera; mientras no inhiba los gritos de la conciencia, claro... *

Claudia Donoso



cuertos imborrables.

-En una universidad súper tiera donde las autoridades designadas se realizaban inventando técnicas de persuasión tan subliminales como, por ejemplo, las de pegar carteles con la leyenda: "Las murallas son el papel de los canallas". En la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas algunos reaccionábamos ante esta creatividad con otras frases que escribíamos temerariamente en pleno pabellón de física: "Abajo la física, viva la metafísica". Fue en esa escuela donde comenzaron los primeros gérmenes de lo que fue